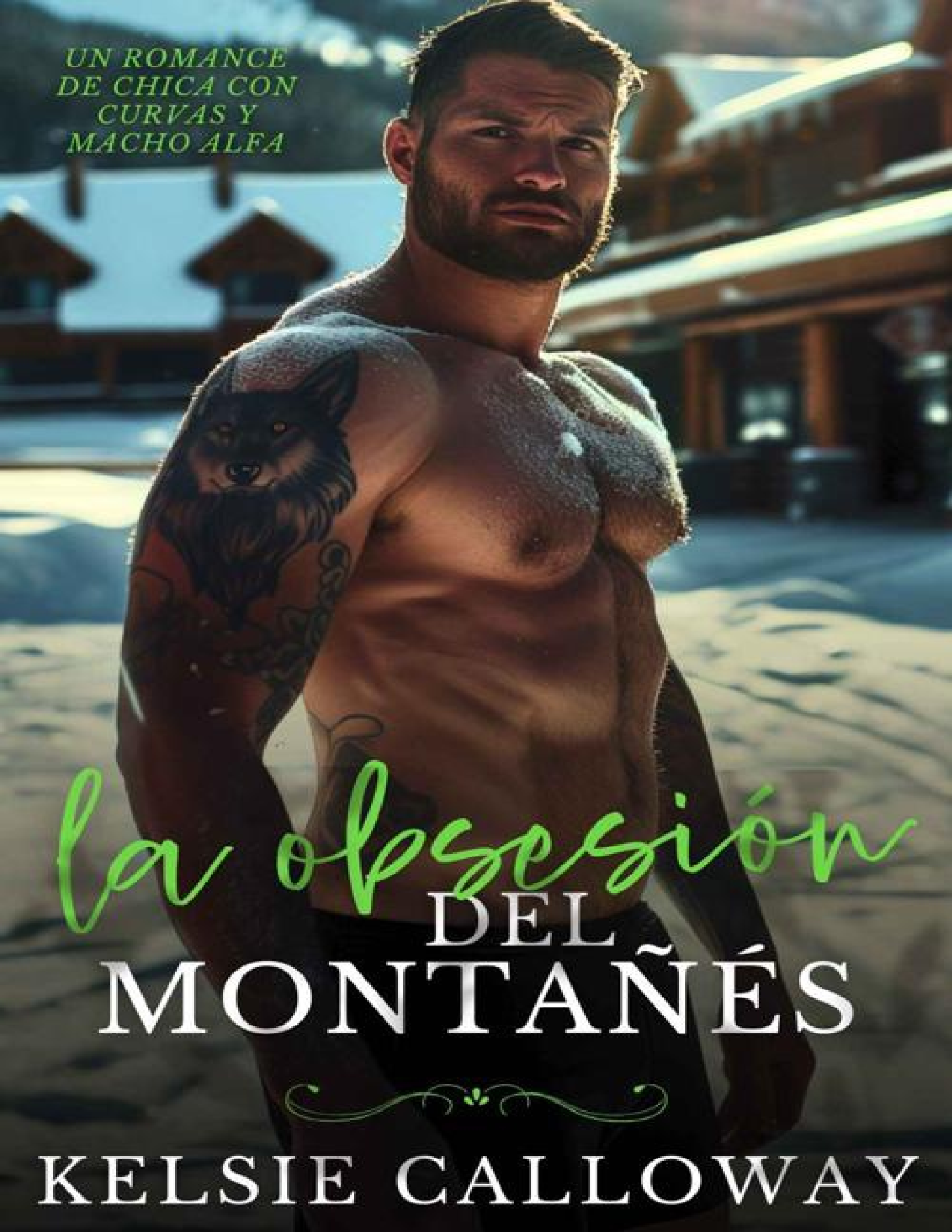

UN ROMANCE DE CHICA CON CURVAS Y MACHO ALFA
la obsesión DEL MONTAÑÉS
KELSIE CALLOWAY

LA OBSESIÓN DEL MONTAÑÉS

UN ROMANCE DE CHICA CON CURVAS Y MACHO ALFA

LOS MACHOS ALFA LES ENCANTAN LAS CHICAS CON CURVAS

LIBRO CUATRO

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



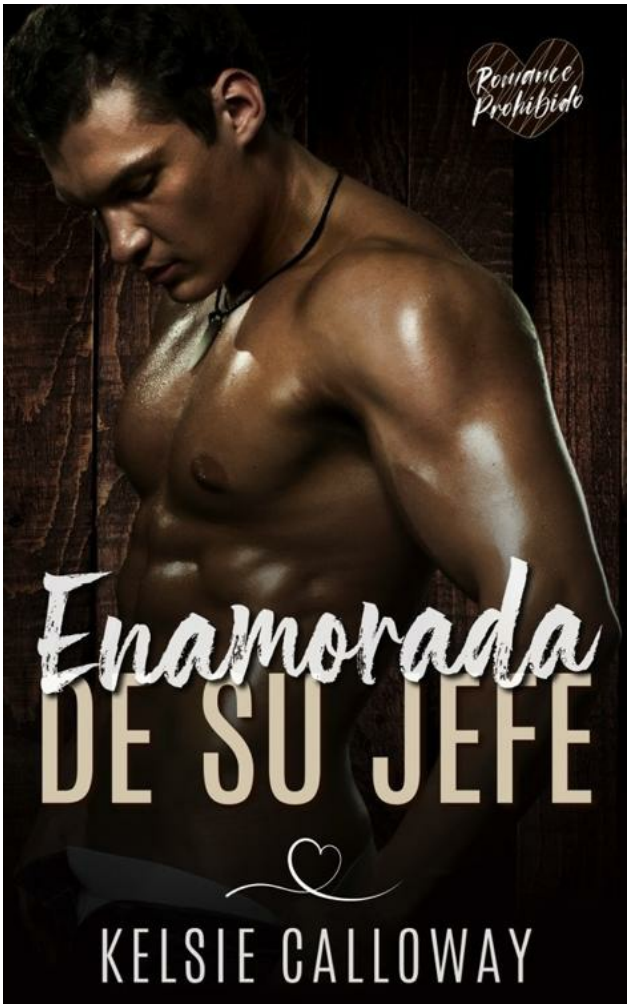
ÍNDICE

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Nicholas
2. Isabel
3. Nicholas
4. Isabel
5. Nicholas
6. Isabel
7. Nicholas
8. Isabel

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!
También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

NICHOLAS

Mudarme a las montañas era un sueño hecho realidad para mí, una visión que había alimentado desde niña. Cada vez que mis padres me traían aquí de vacaciones, les suplicaba que me dejaran quedarme para siempre, con el corazón lleno de esperanza y anhelo. Ellos pensaban que bromeaba y rechazaban entre risas mis fervientes deseos, pero ahora me visitan aquí, maravillados por la vida que he construido. Adivina quién no bromeaba, mamá. Sin duda ayuda el hecho de que hago lo que más me gusta. Ser monitor de esquí no sólo satisface mi pasión por las pistas, sino que además me pagan bien, lo que me permite abrazar plenamente este estilo de vida. Y ser monitor de esquí en una de las mejores estaciones de esquí de Colorado está aún mejor pagado, ya que me proporciona una existencia cómoda en medio de la impresionante belleza de las montañas. Sin embargo, a pesar de los estimulantes días que paso enseñando a otros el arte del esquí, a menudo me encuentro luchando contra la soledad que puede acompañar a una profesión tan solitaria.

«¡Eh, Nicholas!» Me saluda mi mejor amigo, Tyrell, con su sonrisa característica. «Hay una chica preciosa en recepción preguntando por ti. Dice que te conoce de hace tiempo. Qué buena es esa polla para que las chicas te recuerden por tu nombre». Su risa resuena en el bullicioso albergue y llama la atención de algunos huéspedes que nos miran con curiosidad.

Tyrell trabaja para la estación de esquí como organizador de eventos para su amplio salón de baile con capacidad para 300 personas, donde organiza desde elegantes bodas hasta animados retiros corporativos. Antes me preocupaba que fuéramos detrás del mismo tipo de mujer, pero Tyrell es totalmente distinto. No es nada exigente. Se lleva a tu mujer, a tu marido, a tu hija, y si por casualidad tienes un nieto guapo en edad legal, también se lo lleva sin pensárselo dos veces. Tyrell es un tipo diferente, un encantador sin complejos con un don para atraer miradas allá donde va.

«No estoy seguro de quién estás hablando. ¿Qué aspecto tiene?» Dejé mi café matutino, aunque me vendrían bien unas tres tazas más para animarme de verdad. Había sido una noche larga. Algunos de los chicos de la cocina y yo nos habíamos quedado hasta tarde jugando al póquer, la adrenalina del juego nos mantenía zumbando mucho después de que deberíamos haber dado por terminada la noche. Son unos quince años más jóvenes que yo y sus cuerpos parecen soportar con facilidad el esfuerzo de acostarse a las dos de la madrugada y levantarse a las seis. Pero yo no. Siento el peso de la fatiga presionándome y estoy listo para una siesta o dos, preferiblemente dos.

«Bueno, abuelo», bromea Tyrell, con una sonrisa bailándole en los labios al notar que bostezo,

»probablemente mida 1,70, con más curvas que la montaña. Morena, ojos azules. Creo que se hace llamar Isabel. Si no te interesa, con gusto te la quito de las manos».

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en las tripas. Bien podría haber sido una patada directa al pecho. «¿Isabel O'Brien?» suelto, con el corazón acelerado por la mera mención de su nombre.

Tyrell frunce el ceño por un momento, un atisbo de preocupación cruza sus facciones antes de encogerse de hombros. «No conozco su apellido. Sólo mencionó que te estaba buscando».

Me recorre un torrente de adrenalina y el corazón se me acelera cuando los recuerdos vívidos de Isabel inundan mi mente: su risa, la forma en que su pelo capta la luz, el brillo de sus ojos azules. «Gracias, colega. Voy a buscarla. ¿Dijiste recepción?» le pregunto con un tono de urgencia en la voz.

Asiente, con el ceño ligeramente fruncido. «¿Estás bien, amigo?»

Ojalá hubiera una respuesta sencilla a esa pregunta. Sí, estoy bien. O quizá no, no lo estoy. Pero hay un vasto océano de historia entre Isabel y yo, una profundidad que nunca podría explicarle del todo en un puñado de minutos. «Sí, claro. No sabía que Isabel iba a estar aquí, eso es todo», respondo, forzando un tono despreocupado que desmiente mis pensamientos acelerados.

Tyrell no se traga mi fingida despreocupación, pero sigue asintiendo con la cabeza, con los labios fruncidos en señal de incredulidad, como si tratara de procesar mis palabras. «Muy bien, hermano. Buena suerte con tu chica. No olvides que si necesitas pasársela a alguien, avísame. Está buena».

Mi parte posesiva quiere gritarle: «¡No te atrevas a hablar así de Isabel! Es mucho más que una cara bonita. Es una diosa impresionante, hermosa y con curvas que merece ser venerada y apreciada. Los recuerdos de su Isabel y su espíritu pasan ante mí, encendiendo una feroz protección en mi pecho. Pero tuve mi oportunidad. La abandoné hace diez largos años para venir aquí, a Colorado, y ahora me queda el agridulce aguijón del arrepentimiento.

Iba a casarme con Isabel. De hecho, aún hoy me casaría con ella si me aceptara, sin pensarlo dos veces. Pero ella no quería venir a las montañas y vivir entre los imponentes pinos y la robusta madera que habían cautivado mi corazón. Ella anhelaba las cálidas y acogedoras aguas de sus preciosos lagos, las que brillaban bajo el sol y le daban la bienvenida para nadar libremente. Y lo que era más importante, deseaba la comodidad de poder salir de casa en invierno sin tener que enfrentarse a una traicionera capa de hielo o a medio metro de nieve cubriendo el suelo. La bulliciosa ciudad era el latido de su corazón, y la idea de dejarla atrás le parecía una traición a todo lo que amaba.

En cierto modo, comprendía su punto de vista. La primera vez que visité las montañas, me enamoré perdidamente de su belleza agreste y del aire limpio y fresco que llenaba mis pulmones. Fue como si hubiera experimentado una revelación que me cambió la vida. Sentada junto a un fuego crepitante, con el calor envolviéndome, mientras veía la nieve caer suavemente por la ventana, me sentía como en un sueño, un sueño que parecía mi hogar. Sin embargo, cuando volvía a California, ya no era lo mismo. La contaminación lumínica de la ciudad oscurecía los cielos, creando una neblina opaca que eclipsaba la brillante vista de las estrellas que tanto apreciaba. No me esperaba ningún paraíso invernal. No había acogedoras chimeneas alrededor

de las que reunirse. No en Los Ángeles, donde la ostentación y el glamour enmascaraban la cruda belleza del abrazo de la naturaleza.

Amaba profundamente a Isabel, pero nuestros sueños para el futuro divergían de un modo que parecía insuperable. Yo anhelaba la belleza indómita de la naturaleza salvaje de Colorado, con sus imponentes pinos y sus amplios cielos, mientras que ella anhelaba el encanto y la vitalidad de Hollywood, donde las estrellas parpadeaban como sueños lejanos sobre el telón de fondo urbano. Con el corazón encogido, le di un beso de despedida, me subí a un avión y, con sólo dos maletas, me embarqué en el viaje de una nueva vida, llena de esperanza pero ensombrecida por el dolor de la separación.

Nunca había imaginado que Isabel encontraría el camino hasta aquel lugar apartado, ni creía que supiera siquiera dónde buscarme. Sin embargo, tenía cierto sentido. A lo largo de los años, le había enviado postales, cada una de ellas una instantánea de mi vida, normalmente en Navidad, cuando el frío del aire me ponía nostálgico. Garabateaba una nota rápida, diciéndole que seguía pensando en ella, deseándole lo mejor, dondequiera que la hubiera llevado su camino. Evitaba cuidadosamente mencionar que seguía queriéndola o que esperaba que reconsiderara su decisión de quedarse en California. Los dos éramos ferozmente testarudos, cada uno anclado en sus sueños; ella nunca haría las maletas para irse a las montañas, igual que yo nunca cambiaría la serenidad de mi nueva vida por el caos de las luces de la ciudad. Parecía inútil siquiera plantearse la idea de hacernos cambiar de opinión cuando nuestros corazones ya habían tomado una decisión.

Excepto que aquí estaba, según Tyrell. No podía acusarle de intentar gastarme una broma porque nunca había hablado de Isabel con nadie. Aunque mi vida aquí en Colorado se había profundizado y había florecido hasta convertirse en una entidad propia y distinta, no compartía los fragmentos de mi antiguo yo con mis compañeros de trabajo ni con mis amigos. Estas personas iban y venían con las estaciones, como las hojas cambiantes que adornan las montañas en otoño. Los que se quedaban eran innegablemente buenas personas, pero seguía habiendo algo efímero en ellos, una sensación de que simplemente estaban de paso por mi vida.

Pero no mi Isabel. No mi preciosa y curvilínea diosa de California. No había nada efímero en ella; permanecía en mis pensamientos, una presencia vívida que se negaba a desvanecerse. Su risa resonaba en mi mente como una melodía entrañable que no podía evitar repetir una y otra vez, deseando volver a escucharla en persona. Era una fuerza de la naturaleza, un espíritu vibrante que dejó una huella indeleble en mi corazón.

Me aliso la ropa y me tomo un momento para asegurarme de que tengo el pelo en su sitio, como a mí me gusta. Me he acostado con mujeres desde que estoy aquí, en Colorado, y bastante a menudo, de hecho, pero ésta es la primera vez en lo que parece una eternidad que siento este tipo de anticipación nerviosa.

¿Y si viene a anunciar que se va a casar? O peor aún, ¿que está embarazada? La idea me estremece. ¿Quizá ha venido a decirme que deje de enviarle tarjetas de Navidad? Pero ella no puede dictarme eso. Esas tarjetas son mi forma de conservar el calor de nuestra relación, recordatorios de las risas y el amor que compartimos una vez. Me hacen sentir mejor, como un ritual reconfortante que no estoy dispuesta a abandonar. Se me permite enviar tarjetas de Navidad, ¿verdad? Si ha llegado aquí con su nuevo marido, le patearé el culo. Siempre supe que un día ella seguiría adelante, pero seguro que él no es tan tonto como para enfrentarse a mí cara a

cara. ¿Verdad?

ISABEL

El ambientador de árbol con olor a pino que se cuelga del retrovisor es una imitación irrisoria del auténtico aroma que llena el aire aquí. La primera vez que noté la diferencia fue al llegar a Colorado. Al salir del coche e inhalar profundamente, me envolvió el aroma desconocido pero vigorizante de los árboles que me rodeaban. Fue como una revelación: «¿Quién ha subido el dial del ambientador?». Pero no era una fragancia sintética; era real, vibrante y totalmente embriagadora, y no había ningún interruptor para apagarla.

Nicholas nunca había mencionado lo impresionante que era Colorado. Por supuesto, hablaba con entusiasmo de las majestuosas montañas y los inmaculados mantos de nieve, describiendo cómo se sentía en casa, pero no lograba transmitir la belleza absoluta que impregnaba cada rincón del estado. Al sobrevolar las escarpadas cumbres durante el vuelo, tuve la sensación de estar contemplando un paisaje que había sido esculpido con amor por la mano de Dios, revelando un panorama que despertó el asombro en mi corazón. Me costaba conciliar el hecho de que apenas había salido de California. ¿Era así de impresionante todo lo que había más allá de las fronteras de mi estado natal?

Entré en la estación de esquí, que para mí sólo existía en fotografías, y me sorprendió la realidad que tenía ante mí. Las notas manuscritas que he recibido de Nicholas me han alegrado el corazón, pero las imágenes garabateadas en el reverso no captan la verdadera esencia de este lugar. Se extiende ante mí, vasto e impresionante, pero de algún modo consigue ser cálido y acogedor al mismo tiempo. En el centro de la zona principal, una gran chimenea cobra vida, rodeada de grupos de personas que entablan animadas conversaciones dentro de sus pequeños grupitos, risas y vítores que resuenan en los altos techos. Por un momento, deseo estar aquí con la familia o los amigos, formar parte de las alegres fiestas y crear recuerdos compartidos en este encantador entorno.

«Hola, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?» Un amable caballero se acerca, ofreciendo su ayuda mientras pasea, su genuina sonrisa es una reconfortante bienvenida en medio de la bulliciosa energía que me rodea.

«Hola», digo nerviosa, con la voz apenas por encima de la algarabía del ambiente. «¿Todavía trabaja aquí Nicholas Myers?».

El hombre asiente con la cabeza, su expresión amistosa y tranquilizadora. «Claro que sí. Puedo ir a buscarle si quiere. ¿Puedo preguntar quién pregunta?»

Lleva una camisa abotonada metida dentro de un pantalón negro, la tela nítida contra el cálido

resplandor de la chimenea. En el pecho luce una etiqueta plateada con el nombre Tyrell. «Sí, Isabel. Soy un viejo amigo», respondo con una sonrisa que espero transmita sinceridad.

«Siéntese, Isabel. Iré a buscarlo», dice, señalando un sillón de felpa cercano que parece acogedor, casi como si me invitara a relajarme en medio del animado ambiente.

Tyrell desaparece y me deja sola en la amplia sala común de recepción, que resulta acogedora y abrumadora a la vez. El zumbido sordo de la charla, entrelazado con los acordes de una música suave y el suave crepitar del fuego, crea un reconfortante telón de fondo que casi me hace comprender la decisión de Nicholas de venir aquí. Fuera, el aire frío pica con fuerza, y no puedo decir que me guste. En mi parte de California, las temperaturas nunca bajan lo suficiente como para producir tanta nieve, pero tampoco se experimenta este tipo de silencio sereno. Me he acostumbrado a trabajar en un entorno bullicioso en el que siempre hay al menos tres conversaciones a un volumen que llena el aire. Aquí, en este entorno tranquilo, me imagino que sería el doble de productiva, mis pensamientos fluirían libremente sin las distracciones habituales.

«¿Isabel?» Su voz me llama desde atrás, resonante y dominante, resonando con una fuerza que me resulta desconocida pero extrañamente nostálgica. Se me hace un nudo en la garganta antes incluso de darme la vuelta; la expectación y los nervios se entremezclan en mi interior y me preparo para el encuentro.

Pero cuando lo hago, me tiemblan las rodillas, como si el suelo bajo mis pies se hubiera vuelto gelatina. Sus ojos castaños me observan intensamente, con una calidez que irradia de sus profundidades y que me resulta familiar e inquietante a la vez, como siempre. Siempre me mira como si fuera la persona más interesante que ha conocido, como si cada momento que pasara en mi presencia fuera un raro tesoro. Sus labios están entreabiertos apenas un pelo, revelando un atisbo de vulnerabilidad, como si quisiera lamérmelos con deseo, y el mero pensamiento me produce una sacudida eléctrica. Una década como instructor de esquí ha afinado un cuerpo ya perfecto, esculpiendo cada músculo con precisión, haciéndome sentir aún peor por la forma en que me he dejado llevar en comparación. Sin embargo, en este momento, lo único en lo que puedo pensar es en el impulso irrefrenable de pasar mis manos por sus músculos cincelados y sentir cómo se ondulan bajo mi tacto, de acortar la distancia que me resulta tan estimulante como aterradora. «Eh», respiro, la palabra apenas escapa de mis labios, insegura de qué decir a continuación, con el corazón acelerándose a la par que mis pensamientos, todos arremolinados en un delicioso caos.

«Has venido».

Su voz transmite una mezcla de sorpresa y alegría, y recuerdo una de las postales que me envió. Casi había olvidado cómo me pidió que le visitara, una invitación que parecía tan casual como sincera. Fue al principio de su estancia en Colorado, una época llena de nuevas aventuras y experiencias desconocidas. Había insistido en que no quería que mi visita se sintiera como una obligación derivada de nuestro pasado juntos, sino que deseaba de verdad que aceptara algo nuevo, algo fuera de los confines familiares de mi vida. Siempre me ha costado salir de mi zona de confort, y él creía que ésta sería una buena manera de hacerlo.

«Llego unos años tarde», bromeo, con una sonrisa burlona en los labios. «Ya me conoces», añado con una ligera risita, “tardo en hacer las maletas”. El humor parece una coraza, pero bajo

él se esconde una emoción mezclada con ansiedad, mientras me pregunto qué me deparará esta nueva experiencia.

Nicholas sonríe, una calidez que irradia de su expresión, y luego cruza los tres metros que nos separan con una confianza fácil, acortando la distancia y envolviéndome en un abrazo que se siente a la vez protector y reconfortante. Aunque es casi medio metro más alto que yo y me supera en altura, siento una innegable sensación de seguridad entre sus brazos, como si nada pudiera hacerme daño en ese momento. «Te he echado de menos, preciosa», susurra suavemente, su aliento cálido contra mi oreja. «Te he echado mucho de menos».

Me doy permiso para rodearle con los brazos, saboreando su solidez. No puedo rodear toda su ancha espalda, pero la sensación de tenerlo apretado contra mí es suficiente para sentir un estremecimiento tranquilizador. «Yo también, Nicholas», le respondo, con la voz apenas por encima de un susurro y la sinceridad de mis palabras flotando en el aire entre nosotros.

Todos los sentimientos que he intentado reprimir desesperadamente durante los últimos diez años vuelven a la superficie con una fuerza abrumadora. Debería haberme quedado en casa, encerrada en mis pensamientos, protegida de esta tempestad emocional. Este momento me resulta dolorosamente familiar, me recuerda al agridulce reencuentro de Noah y Allie en «El diario de Noa». He venido aquí con la intención de decirle que se ha acabado, que creo que he encontrado a mi media naranja y que quizá algún día me case con otro hombre. Pero en el fondo, me doy cuenta de que no ha terminado. Nunca se acabará de verdad. No con Nicholas. Es el amor de mi vida, el que siempre ha guardado un pedazo de mi corazón, por mucho que intentara seguir adelante.

NICHOLAS

Tiene unas curvas que harían la boca agua a un hombre adulto, y a mí desde luego. Todas las mujeres con las que me he acostado en un vano intento de llenar el vacío que ella ha dejado desaparecen de mi memoria en el mismo instante en que la veo de pie en la cabaña, con los ojos abiertos de asombro mientras contempla todo lo que la rodea. La forma en que se mueve, la manera en que absorbe su entorno, enciende un impulso primario en mí. No puedo evitar fantasear con quitarle todas las capas de ropa, una a una, hasta desnudarla allí mismo, bajo el resplandor parpadeante de la luz del fuego. Anhelo abrazarla bajo el encantador baile de las llamas, perderme en el momento en que nos entrelazamos en un apasionado abrazo. Siempre he soñado con compartir una experiencia tan íntima con una mujer en este mismo lugar, pero no con cualquier mujer; tiene que ser la mujer de mis sueños. Y en este electrizante momento, queda innegablemente claro que la mujer que tanto he deseado no es otra que Isabel.

Me zafo suavemente del cálido abrazo y guío a Isabel hacia un par de sillas escondidas en un rincón apartado de la sala. Es lo más privado que se puede esperar en un espacio tan abierto, donde cualquiera podría entrar y salir en cualquier momento. «¿Qué te ha traído por aquí? ¿Después de todos estos años?» Pregunto, con la curiosidad despertada y el corazón acelerado. Tengo que conocer la historia de su inesperada llegada.

Isabel se mueve incómoda, jugueteando con los flecos de su chaqueta, señal reveladora de sus nervios. Se toma su tiempo, se quita deliberadamente la chaqueta de los hombros, la dobla con cuidado y alisa la tela antes de colocarla ordenadamente sobre su regazo. «Nicholas, lo siento», dice finalmente, con la voz teñida de incertidumbre. «No quería arruinarte el día. Seguro que tienes mucho que hacer hoy. Si te estoy ocultando algo...». Sus palabras se interrumpen, dejando una tensión tácita en el aire entre nosotros.

Tengo una cita dentro de media hora, pero la idea de perder este precioso tiempo con Isabel es mucho más lamentable que cualquier contratiempo económico. «No te preocupes por eso. Prefiero hablar contigo», le aseguro, con la esperanza de aliviar la tensión que persiste entre nosotros.

Se muerde el labio inferior y dirige la mirada a su regazo, como si buscara algo escondido entre los pliegues de su chaqueta. «Bueno, sinceramente, creo que deberíamos hablar más tarde», responde por fin, con la voz apenas por encima de un susurro. «¿Estás libre esta noche? Tengo que ocuparme de unas cosas». La vacilación en su tono sugiere que hay algo más que quiere decir, pero por ahora parece decidida a guardárselo para sí misma.

Me sorprende su repentino cambio de actitud. «Isabel, has venido aquí y has pedido verme, no al revés. ¿Qué pasa?» No es que no quiera verla o hablar con ella, es que parece estar luchando con algo más profundo, algo no dicho que flota en el aire entre nosotros.

«Tengo algunos asuntos pendientes de los que ocuparme, eso es todo. Te prometo que hablaremos esta noche. Tienes trabajo y cosas que hacer. Ve a ocuparte de eso». Su sonrisa es vacilante e insegura, una curva frágil que no hace nada por aliviar el nudo que se me forma en el estómago. Me incomoda y me deja una persistente sensación de malestar. Pero, ¿qué puedo hacer? El peso de sus cargas no compartidas nos oprime a los dos.

Escribo rápidamente mi número y los datos de mi empleado, la tinta fluye fácilmente por la página. «Dáselo a los de recepción. Diles que te quedas aquí con mi dinero. No quiero que pagues nada, ¿vale?». Intento sonar despreocupada, pero el corazón se me acelera al darle el papelito, esperando que transmita mi preocupación sin agobiarla.

«Nicholas, está bien. Puedo pagar mi propio...» La fulmino con la mirada y eso la silencia al instante. «No está en discusión, Isabel. ¿Por qué siempre sientes la necesidad de discutir conmigo en todo? No es que vayan a cobrarme por esto. Vete, date una ducha, relájate, haz lo que necesites para sentirte mejor. Nos volveremos a ver esta noche para cenar. Vendré a buscarte a las seis». Mi tono no deja lugar a discusión; no era una pregunta. No ha venido hasta Colorado para evitarme, y yo no iba a darle esa oportunidad. «Si, por alguna razón, no estás aquí a las 6:00 PM, voy a asumir que tomaste un vuelo repentino de regreso a California. Y si ese es el caso, siempre puedo encontrarte allí, también. Puede que me lleve un día más ponerme al día, pero aún así será a las 6:00. Tú eliges si es hoy o mañana. ¿Está claro?»

Pude ver el escalofrío que la recorrió cuando le di la orden, una reacción tangible que me dijo que había tocado una fibra sensible. Quiero que entienda que no estoy bromeando. Si quiere jugar, yo también puedo hacerlo. Hace diez años, la dejé escapar cuando vine aquí, y había estado dispuesto a dejarla marchar si ése era realmente su deseo. Pero ahora, ella dio el primer paso al venir a Colorado, y eso lo cambió todo. Así que ahora, era mi turno de afirmarme.

«Te veré a las 6:00, Nicholas», responde ella, su voz firme pero mezclada con un trasfondo de determinación, “hoy”.

«Bien, estoy impaciente», respondo, suavizando mi tono por un momento. Me inclino y le doy un suave beso en la coronilla, un gesto que tiene más peso del que cualquiera de los dos querría admitir. Mientras salgo, mi mente se llena de preguntas. No sé qué la ha traído de vuelta a mi órbita, pero por Dios, si está en mi mano evitar que vuelva a casa, no dejaré que se me escape de nuevo.

ISABEL

Sentada en la habitación que me ha proporcionado el uso del nombre de Nicholas, respiro hondo y marco el número del hombre con el que una vez creí que pasaría el resto de mi vida. Siento que el corazón me pesa mientras me preparo para soltar a Charles con suavidad, sabiendo que esta conversación va a cambiarlo todo.

No le dije a Charles que venía a Colorado a despedirme de mi ex, sino que le conté que necesitaba un tiempo para hacer examen de conciencia. En cierto modo, era cierto. La necesidad de claridad, de comprender lo que mi corazón realmente deseaba, era acuciante. Pero volver a ver a Nicholas fue como redescubrir una parte perdida de mí misma, como si él fuera la otra mitad de mi alma. La conexión instantánea que compartimos fue palpable, eléctrica. La forma en que mi corazón parecía detenerse en el momento en que sus ojos se clavaban en los míos me traía recuerdos que había intentado reprimir. Fue un duro recordatorio de que lo que Charles y yo habíamos estado construyendo todo este tiempo no era más que un juego casero, una frágil fachada. Palideció en comparación con las intensas emociones que Nicholas despertó en mí con una sola y persistente mirada.

Charles se lo tomó bien para haber estado hablando de matrimonio conmigo hacía tan solo unas semanas, pero mi mente se tambaleaba, consumida por pensamientos sobre dónde podría estar Nicholas en ese preciso momento. ¿Estaría en las pistas, riendo y flirteando con alguna conejita de las nieves ansiosa por divertirse y aprovecharse de su innegable atractivo? No puedo culparla; la tentación es palpable.

Con sus 1,90 metros de estatura, es un hombre que llama la atención allá donde va. Siempre he tenido que subirme literalmente a él para saciarme, y cada vez ha merecido la pena. Desde su llegada a las montañas, ha cultivado un encanto agreste: su barba varonil aumenta su atractivo magnético y su físico se ha rellenado de todas las formas que el gimnasio fomenta. Se ha transformado perfectamente en un hombre apuesto, que encarna la esencia misma de la masculinidad que siempre ha poseído, pero ahora amplificada, más pronunciada, capturando la esencia de todo lo que le hace tan deseable.

Charles era un buen chico, dulce y atento, pero Nicholas es innegablemente un hombre, seguro de sí mismo y dominante en todos los sentidos. Es el tipo de persona que me cogería sin esfuerzo con sus fuertes brazos, me inmovilizaría contra la pared en un apasionado abrazo y luego me llevaría a la cocina para preparar una deliciosa cena, todo ello con su encantadora sonrisa. Si ése no es el tipo de hombre con el que sueñas, entonces no sé lo que es.

Cuando cuelgo con Charles, me siento un poco más ligera que al principio de nuestra conversación. La pesada carga de ansiedad y aprensión a la que me había estado aferrando se ha ido disipando poco a poco, solo para ser sustituida por una nueva e inquietante sensación de temor que se cierne justo bajo la superficie, susurrando recordatorios de lo que nos espera.

Me apresuré a dejar a Charles por Nicholas, dejándome llevar por la emoción del momento, pero no tuve en cuenta las implicaciones que esa decisión tenía para mi futuro. ¿Y si Nicholas ya tiene pareja, tal vez una novia o incluso una esposa? ¿O si se ha convertido en un hombre completamente distinto desde la última vez que estuvimos juntos? La incertidumbre me corroe y, en el fondo, sigo luchando con lo que realmente quiero de mi vida. Ni siquiera estoy segura de que Colorado sea el lugar donde imagino que esa vida tomará forma.

Me doy la vuelta en la cama, me envuelvo en el edredón y cierro los ojos, dejando que las preocupaciones del día pasen a un segundo plano. Tal vez Nicholas y yo podamos hablar de esto más tarde, cuando hayamos tenido la oportunidad de reconectar y reavivar la chispa que aún pueda quedar entre nosotros. Por ahora, necesito una siesta, una breve escapada de los pensamientos y las preguntas que amenazan con abrumarme. Los pequeños detalles y las decisiones pueden esperar; ahora solo necesito descansar.

No me he molestado en buscar las opciones gastronómicas que ofrece la estación de esquí, así que me he decidido por un vestidito negro con mucho vuelo. Es vaporoso y fluido, la tela baila a mi alrededor con el suficiente rebote como para que casi no se note la figura que escondo debajo. El vestido me hace sentir un poco más segura de mí misma, como si pudiera protegerme de las dudas que se agolpan en mi mente. Luego me calzo unos cómodos zapatos planos, sabiendo que no me pagarían por llevar tacones, sobre todo después de un día en las pistas.

Su llamada llega justo a las seis de la tarde, firme pero educada. Me sorprendió que no llamara antes para comprobar si había salido de mi habitación, pero con sus contactos, probablemente haya estado preguntando al conserje del complejo cada hora para saber dónde estaba. La idea de que sea tan atento, aunque sea de esta manera, me produce un pequeño escalofrío, que se mezcla con la expectación que flota en el aire.

«¡Ya voy!» grito al salir del baño, con el aroma de mi ligero perfume floral flotando en el aire mientras me dirijo a la puerta. Un rápido vistazo al espejo de cuerpo entero me hace sonreír, y un destello de confianza se enciende en mí. Puede que no esté delgada como un rayo ni lista para la pasarela, pero me parezco a la chica que él dejó atrás en Los Ángeles hace diez años, un recuerdo envuelto en nostalgia y el calor de tiempos más sencillos.

Respiro hondo, abro la puerta y le saludo con una sonrisa genuina, familiar y nueva a la vez. «¿Ves? Te dije que estaría aquí». Casi no me salen las palabras cuando le veo allí de pie, derrochando elegancia con sus pantalones negros y una camisa negra de manga larga abotonada que acentúa perfectamente su figura. En sus manos lleva un impresionante ramo de rosas de un rojo vibrante, cuyo intenso color casi resplandece sobre el fondo de su atuendo. Le oigo respirar agitadamente y no puedo evitar preguntarme qué estará pensando en ese momento.

«Te vas a morir de frío», dice en un tono bajo, casi vulgar, de esos que me estremecen. Lo veo en sus ojos: cómo le afecto, igual que él me afecta a mí, una atracción magnética imposible de

resistir.

El frío del pasillo me envuelve como un abrazo inoportuno, recordándome que tiene razón. Miro la delicada tela de mi vestido, el resultado de una hora dedicada a reducir las opciones, sopesando los méritos de cada atuendo frente a las otras opciones que había metido en la maleta. Me he probado todas las prendas, analizando cómo se complementaban los colores con mi piel y combinándolos con mi maquillaje. Me di cuenta de que unos ojos ahumados no combinarían bien con una parka abultada. «Supongo que tendrás que evitar que me dé hipotermia». Pregunto, con un tono juguetón en la voz para intentar aligerar el momento, aunque una parte de mí se pregunta si realmente disfrutará con el reto.

Nicholas chasquea la lengua de esa forma tan familiar que siempre parece llamar mi atención y entra a grandes zancadas en mi habitación, cerrando con decisión la puerta tras de sí con un firme chasquido. «En primer lugar, vamos a eliminar la sensación térmica del resto del complejo», declara con una voz llena de autoridad. Su seguridad y su forma de comportarse, con una Isabel fácil que sugiere que está acostumbrado a mandar en una habitación, me excitan. «Y luego me vas a decir por qué estás aquí».

Pongo los ojos en blanco, con un gesto más exasperado de lo que pretendo. «Supongo que hay cosas que nunca cambian -murmuro en voz baja, con un atisbo de sonrisa en la comisura de los labios, mientras me acerco al sofá y me hundo en sus mullidos cojines. El calor de la tela contrasta con el frío del exterior, un pequeño consuelo mientras me preparo para lo que está por venir.

«¿Dónde has puesto la manta? Recorre la habitación con la mirada, como si fuera a aparecer por arte de magia.

«No necesito una manta, Nicholas. Estoy bien», respondo, intentando parecer más firme de lo que me siento.

No parece convencido de mi bravuconería, pero de todos modos se acerca a grandes zancadas y se sienta a mi lado en el sofá, hundiendo ligeramente el cojín bajo su peso. «Si veo que se te pone la carne de gallina en los brazos, señorita, estás en un lío», dice Nicholas, con su voz cargada de esa amenaza juguetona tan familiar. La comisura de sus labios se dibuja en una sonrisa burlona, pero puedo ver la genuina preocupación que se esconde bajo su bravuconería.

Con un fingido saludo, respondo: «Sí, señor».

Casi al instante, el ritmo familiar de nuestra relación se reanuda, como si no hubiera pasado el tiempo. Es Nicholas, mi mejor amigo, mi amante, el que me conoce mejor que nadie. Incluso en este momento desenfadado, hay una innegable corriente de deseo que hierve a fuego lento bajo la superficie de nuestras bromas, una tensión que añade una capa adicional a nuestra conexión. «Ahora dime por qué estás aquí, Isabel. Es en lo único que he podido pensar hoy», me implora, con su mirada atenta y escrutadora, que delata lo mucho que mi presencia significa para él.

Ojalá tuviera una respuesta sencilla para él, algo que aliviara la tensión del ambiente y satisficiera su curiosidad. Aún recuerdo aquella vez que intentamos ver juntos El diario de Noa, acurrucados en el sofá, listos para una velada acogedora. Pero Nicolás, siempre inquieto, se aburrió enseguida e insistió en cambiar de tema. Diez minutos después, la película se desvaneció en el olvido mientras yo me perdía en el placer embriagador de sus labios y su lengua,

encendiendo sensaciones que me dejaron sin aliento. En aquel momento, ni siquiera recordaba quién era Ryan Gosling; lo único que me importaba era el sonido del nombre de Nicholas escapando de mis labios, un coro de éxtasis que ahogaba todo lo demás.

Sin embargo, aquí estaba yo ahora, ante el precipicio de mi propio momento Notebook. Era mi oportunidad de despedirme del único hombre que había tocado mi corazón tan profundamente que había cambiado el curso de mi vida. Al igual que Noah y Allie, nuestra historia de amor se había desenredado de forma espectacular, pero a diferencia de la suya, yo había decidido poner fin a mi relación antes de rendirme a la atracción familiar de mi ex amante. El peso de esa decisión me oprime el pecho, un recuerdo agridulce de lo que podría haber sido y del amor que perduraba en el aire entre nosotros.

«Isabel», Nicolás me llama por mi nombre, su voz atraviesa la bruma de mi monólogo interior como un cuchillo. «Háblame.

«Quiero hacerlo», le digo, con el corazón acelerado por el peso de las palabras no dichas, “pero sería más fácil follarte”.

Un gruñido grave y primitivo se escapa de sus labios, provocándome escalofríos. «No digas esas cosas. Intentas distraerme y no funcionará», me advierte, clavando su mirada en la mía con una intensidad que hace que el aire entre nosotros crepite de tensión.

Le contaré la verdad cuando llegue el momento, cuando el peso de mis secretos no me oprima tanto el corazón. Pero ahora mismo, la distracción parece una solución razonable a mis problemas. Si seguimos conectando, si seguimos congeniando como antes, entonces quizá esto siga siendo lo que necesito, lo que necesitamos. «Tal vez sea eso lo que he venido a buscar», digo, con voz firme a pesar de la agitación que siento en mi interior.

Veo cómo sus ojos se entrecierran, la intensidad de su mirada se agudiza mientras intenta descifrar si estoy siendo sincera. «Preciosa, no has viajado hasta aquí solo para que te follen después de diez años», responde, con una pizca de escepticismo en el tono, como si supiera que hay algo más bajo la superficie de mis palabras.

Me inclino hacia delante y le echo un vistazo tentador por debajo de la camisa, sintiendo que me recorre un escalofrío por la juguetona intimidad del momento. Las chicas no necesitan un sujetador push-up para mostrar su mejor comportamiento; están llenas y listas para ser compartidas con el mundo, rebosando confianza y encanto. «Los hombres de Los Ángeles se están volviendo un poco rancios», continúo, con voz suave y atrayente. «Sé dónde se está bien. Me imaginé que estarías interesada en pasar un buen rato, a menos que tengas una relación con alguien importante».

El aire entre nosotros cruje de expectación y no puedo evitar preguntarme por su respuesta. ¿Subirá la apuesta, empujando los límites de nuestra conexión tácita, o se retirará, refugiándose en la comodidad de la cautela?

«Es atrevido suponer que sigo interesada en ti después de tantos años», replico, arqueando una ceja con fingida incredulidad.

«Las postales de Navidad no se escriben solas, cariño». Su tono destila una amargura que me sorprende incluso a mí, y las palabras salen más agudas y venenosas de lo que había previsto. El

inesperado escozor de su respuesta me pilla desprevenida; no había considerado la posibilidad de que no sintiera lo mismo por nuestra historia. Ha sido un grave error de cálculo por mi parte, un paso en falso en este precario baile nuestro.

Nicholas se inclina hacia delante, acortando la distancia con una confianza que me produce un estremecimiento. Ahora sólo hay unos quince centímetros de espacio entre su cara y la mía, y puedo sentir la intensidad de su mirada atravesando el aire como una marca caliente. «Touché». Su voz es grave, el desafío pende entre nosotros como una cuerda tensa, a punto de romperse. Entonces, sin más preámbulos, hunde una mano en mi pelo, sus dedos se enredan sin esfuerzo entre las hebras, y tira de mí hacia delante, estrellando sus labios contra los míos con una fuerza que es a la vez emocionante e implacable.

Touché, sin duda. El mundo que nos rodea se desvanece y, en ese momento, todo lo demás desaparece, dejando sólo la conexión eléctrica que chispea entre nosotros, innegable y consumidora.

NICHOLAS

No ha venido para esto, pero si es lo que desea en este momento fugaz, se lo daré con mucho gusto.

Tomo su boca y masajeo suavemente su lengua, engatusándola hasta que se derrite contra mí como cera caliente. Isabel empieza a arrastrarse lenta y deliberadamente hacia mí, sus movimientos recuerdan a los de un depredador a la caza, un animal instintivamente atraído por su presa. Primero acorta la distancia, su mirada se clava en la mía con una intensidad que enciende algo en lo más profundo de su ser. Luego, de repente, está encima de mí. Me empuja hacia atrás con una fuerza inesperada, con sus piernas a horcajadas sobre mis caderas, y me quedo sin aliento, sorprendido por cómo, en apenas tres minutos, esto se ha transformado en un hogar diferente, lleno de una tensión palpable y una conexión electrizante que resulta estimulante y completamente nueva.

Isabel y yo siempre hemos sido los mejores en el dormitorio, nuestra química es innegable y eléctrica. Aunque nuestras vidas han corrido paralelas desde el instituto, entrando y saliendo de los círculos de la otra, no fue hasta que nos encontramos navegando por el vibrante y caótico mundo de la universidad cuando empezamos a vernos realmente bajo una luz diferente. Todo empezó con una aventura espontánea de una noche después de una fiesta ruidosa, un encuentro fugaz que encendió una llama inesperada entre nosotros. Aquella primera noche de pasión se convirtió rápidamente en una relación de un año, llena de risas y conversaciones nocturnas que profundizaron nuestra conexión.

Con el paso del tiempo, aquel acuerdo casual se convirtió en una sólida relación de cinco años, un tapiz de experiencias compartidas, aventuras nocturnas y secretos susurrados. Sin embargo, como ocurre con todos los viajes, al final nos encontramos con un año de incertidumbre, una especie de encrucijada en la que cada uno se enfrentaba a las ambiciones y deseos que tenía por delante. Yo me encontraba viajando a varias estaciones de esquí durante los meses de invierno, sumergiéndome en el arte de mi oficio, mientras Isabel, decidida y motivada, terminaba su máster. Se quedó pensando en cómo quería manejar sus nuevos conocimientos en un mundo que le parecía tan vasto como intimidante.

A finales de ese año decidimos que queríamos comprometernos, una decisión que desencadenó el comienzo de nuestro largo noviazgo, que finalmente culminó en una ruptura inesperada. Ella estaba decidida a no mudarse a Colorado, mientras que yo me sentía igual de firme al no querer quedarme en California. Y ahora, aquí estamos, una década después, reflexionando sobre los caminos que elegimos.

Mientras la abrazo, noto sus pezones presionándome el pecho a través de la suave tela de su vestido. No acabo de entender por qué eligió ponerse algo tan atrevido en pleno invierno, pero en este momento me siento agradecido a las fuerzas que han propiciado este inesperado reencuentro. Me agacho para agarrarle el culo y apretarlo con fuerza, y la sensación me trae un torrente de recuerdos. Dios, nunca pensé que volvería a tenerla así, el calor de su cuerpo encendiendo una chispa que creía desvanecida desde hacía tiempo.

«Así que esto es Colorado», murmura Isabel mientras frota su coño contra mi polla medio dura. «Parece que eras más grande en California».

«En efecto, esto es Colorado», respondo, sintiendo su cuerpo moverse contra el mío. El frío aire invernal de fuera no ha hecho nada por amortiguar el calor que hay entre nosotros. «Supongo que la altitud afecta a algo más que a la presión atmosférica», añado con una sonrisa de satisfacción, sintiendo cómo mi polla medio dura se endurece al contacto con ella.

Ella suelta una suave carcajada, su aliento caliente contra mi oreja. «Bueno, yo sí que noto los efectos», murmura, y sus caderas rechinan con más insistencia contra mí. Noto que la tela de su vestido se humedece a medida que se excita.

No puedo evitar maravillarme ante la sensación de su cuerpo contra el mío. Hacía tanto tiempo que no nos tocábamos así, que casi me había convencido de que no era más que un recuerdo lejano. Pero ahora, al sentir sus pezones presionándome el pecho y su culo llenándome las manos, sé que todo fue real.

«Sabes, pensé que nunca volvería a tenerte así», admito, con la voz ronca por el deseo. «Pero ahora que estás aquí, no puedo imaginarme dejarte ir».

Me mira con ojos oscuros de deseo. «Entonces no lo hagas», susurra, antes de apretar sus labios contra los míos.

Con la mano que tengo libre, le doy un fuerte golpe en el culo, disfrutando del sonido que resuena en el aire. «Eres más bocazas que cuando te dejé», me río, sacudiendo la cabeza en un gesto de juguetona incredulidad mientras vuelvo a apretarme contra ella, sintiendo el calor que irradia entre nosotros.

«Definitivamente, soy más bocazas», responde con un brillo travieso en los ojos, acompañado de un sensual guiño que me hace estremecer.

Sin decir nada más, se desmonta con destreza de su posición anterior, con movimientos fluidos y seguros. «Quítate los pantalones, montañés», me ordena, con una voz mezcla de autoridad y encanto.

«Isabel, yo...» Empiezo a protestar, pero ella me interrumpe con su mirada inquebrantable.

«Tú das muchas órdenes. Ahora me toca a mí. Quítate. Quítate. Los pantalones». Cada palabra gotea con tentadora insistencia, sin dejar lugar a discusión mientras el aire se espesa con anticipación.

Maldita sea, eso es innegablemente caliente. Me pongo en pie y la adrenalina me recorre mientras me desabrocho el cinturón con deliberada lentitud, saboreando el momento. Cuando lo saco de las trabillas, siento el cuero frío en los dedos. Lo dejo sobre la mesa con un suave golpe,

mientras mantengo el contacto visual con Isabel, un desafío silencioso que pasa entre nosotros. «Estás más segura de ti misma que cuando te dejé», le digo en voz baja y burlona.

La Isabel que recuerdo de antes era innegablemente guapa -una visión capaz de hacer girar cabezas-, pero nunca se habría atrevido a intentar mandarme así. «Pantalones, Nicolás», me ordena en un tono que no deja lugar a dudas, y no puedo evitar sentir una oleada de excitación ante su nuevo atrevimiento.

Me recorre un escalofrío cuando obedezco su orden y me despojo rápidamente de los pantalones y los calzoncillos en un movimiento fluido. Me llegan a los tobillos y me los quito con una sonrisa de satisfacción, mostrando mi erección. Mi polla está en todo su esplendor, y su impresionante longitud y grosor son testimonio de mi excitación. Isabel abre ligeramente los ojos y yo no puedo evitar sentir una sensación de orgullo y poder que me invade. El aire entre nosotras crepita de tensión y deseo, y sé que no soy la única que lo siente.

«Ahora siéntate», me ordena en voz baja pero autoritaria.

No quiero ni pensar en quién va a tener que limpiar este desastre cuando acabemos aquí. Me recorre un estremecimiento de expectación y tomo asiento; mi virilidad se levanta para saludar a Isabel cuando se arrodilla frente a mí, la intensidad del momento amplifica la tensión eléctrica en el aire.

«Hacía tiempo que quería hacer esto», confiesa, sus ojos brillan con picardía mientras se recoge el pelo y se lo pasa por detrás con una elegancia que acentúa su cuello isabelino. «He echado de menos tenerte en mi boca», añade, con la voz cargada de deseo, y puedo sentir el calor que surge entre nosotros, haciendo que el ambiente sea casi palpable.

Me agarra con suavidad y firmeza, saboreando cada centímetro con un tacto delicado que me produce escalofríos. Sus suaves manos exploran mi longitud, provocándome con sus tiernas caricias. Poco a poco, acerca la punta a sus labios y su cálido aliento me recorre el cuerpo de placer. Mientras me recuesto y cierro los ojos, absorto en la sensación, la imagino sentada en mi regazo, con el pecho desnudo brillando en la penumbra, mientras me concede un baile íntimo.

Su hábil boca alterna entre pasear su lengua por mi cabeza como una dulce piruleta y tomar todo lo que puede de mí, mientras sus manos trabajan en armonía, deslizándose arriba y abajo en un movimiento rítmico. Al unísono, crean una exquisita sinfonía de sensaciones, una máquina bien engrasada de deseo.

Abrumado por el creciente placer, lanzo una súplica desesperada: «Isabel, quiero estar dentro de ti. No quiero liberarme en tu boca».

Aprovechando el momento, se sumerge aún más en mi pene, tragándome más de lo que nunca antes había experimentado. La sensación es tan intensa que casi pierdo el control en el acto. La idea de avergonzarme tan rápidamente pasa por mi mente.

En cuanto empieza a mantener su deliciosa y peligrosa administración, la agarro por los hombros y la levanto con fuerza. «Inclínate sobre el sofá», le ordeno, apenas capaz de contenerme. «Ahora mismo».

Una sonrisa pícara se dibuja en sus labios y responde: «Como quieras».

ISABEL

Puede que las mamadas no sean mi especialidad, pero hay algo en Nicholas que me hace querer complacerle de todas las formas posibles. Tal vez sea la forma en que se cuida tan bien. Su virilidad está siempre impecablemente cuidada y limpia, lo que hace que sea una absoluta delicia chupársela. Y no olvidemos su tamaño: ni demasiado grande ni demasiado pequeño, justo el tamaño perfecto para que practique más. Al fin y al cabo, ¿cómo vas a aguantar un 8 si sólo has aguantado 4?

Me pilla desprevenida cuando Nicholas me da un golpecito en el hombro y me dice que pare. Estaba empezando. Pero insiste, me dice en voz baja y exigente que me incline sobre el sofá. Me sorprende, pero no discuto. Me pongo en pie y siento que me recorre una sensación de expectación mientras me dirijo al otro lado del sofá. Me inclino, arqueo la espalda y le meneo el culo burlonamente. Siento sus ojos clavados en mí, y eso me excita y me hace sentir deseada de una forma que no puedo describir. Estoy lista para lo que me tenga preparado.

«No las vamos a necesitar», gruñe Nicholas, con voz grave y áspera, mientras me baja las bragas de encaje con la torpe fuerza de un caballo. No hay tiempo para vacilaciones; apenas me da un momento para quitármelas antes de levantarme el dobladillo del vestido y dejar mi piel al aire. Sus dedos exploran con avidez el espacio entre mis muslos, provocándome un escalofrío de excitación.

Mi interior palpita de deseo, resbaladizo y ansioso, desde nuestra apasionada sesión de besos en el sofá. El hambre descarnada de su tacto mientras acaricia mi carne más íntima no hace más que aumentar mi expectación por la culminación de nuestro festín sensual.

«Parece que alguien está listo para mí», dice burlonamente, con una voz llena de juguetona confianza. Casi puedo sentir la sonrisa en sus labios, una atracción magnética que me acerca a él.

«Sí, así que dame lo que tienes, o puedo ir a buscar mi vibrador en el equipaje de mano». El desafío se interpone entre nosotros, cargado de tensión y atrevimiento.

Nicholas responde con una fuerte y merecida bofetada en mi culo, el repentino escozor enciende una mezcla de sorpresa y emoción en mi interior. «La paciencia es una virtud, princesa. Prefiero admirar estos redondos y dulces globos tuyos a follarte sin ton ni son». Sus palabras se quedan en el aire, prometiendo un delicioso y lento descenso hacia el placer que no hace más que aumentar mis ansias por él.

Con un resoplido exasperado, empujo aún más las caderas hacia él, la provocación en mi voz es

inconfundible. «Estas mejillas estarían mucho más atractivas empujándose contra tu dura longitud, Nicholas».

Su respuesta es otra bofetada en la otra mejilla, que me arranca un grito de sorpresa. «¡Cuida tu lengua, Isabel!» Su regaño tiene un toque juguetón, y noto la creciente tensión en su agarre mientras ajusta su posición, alineándose con mi resbaladiza entrada. «Todas las cosas buenas llegan a los que esperan. O quizá sea la paciencia la que recompensa... En cualquier caso, hay una lección que aprender».

Con una sensación de anticipación, compruebo su disposición, sintiendo la punta de su excitación burlándose de mi entrada. Cuando vuelvo a presionar contra él, una aguda inspiración me revela que he dado en el blanco perfecto. «Ah, ya está», lo alabo con un gemido gratificante, “parece que he encontrado tu punto dulce después de todo”.

Su agarre de mis caderas se tensa al oír mi satisfacción, como si intentara contenerse para no ceder del todo. La tensión entre nosotros es palpable, nuestros cuerpos tiemblan por el esfuerzo de contenernos. Pero aún no estoy dispuesta a soltarlo. «Recuerda, Nicholas», susurro, con la voz ronca por el deseo, “la paciencia es una virtud, pero también lo es la pasión”.

Nunca fue así con Charles.

Me penetra hasta el fondo, me agarra las caderas con firmeza y me deja un momento para que me adapte a su impresionante longitud y grosor. «Joder, qué bien te sienta», jadea, con la voz cargada de necesidad.

Pero de lo que no se da cuenta es de que él se siente aún mejor. No había experimentado nada igual desde que se fue, ese vacío doloroso en mi vida ahora lleno de un calor y una intensidad que creía haber perdido. No ha habido muchos hombres desde entonces, sólo un puñado de encuentros fugaces, pero los pocos que se han cruzado en mi camino palidecen en comparación con Nicholas. La conexión eléctrica que compartimos enciende algo en lo más profundo de mí, recordándome cuánto ansiaba esto.

Muevo las caderas, una súplica silenciosa para que continúe, para que se pierda en el ritmo de nuestros cuerpos entrelazados. Pero Nicholas, siempre dueño del control, se mantiene quieto, enterrado profundamente dentro de mí, como saboreando el momento, prolongando la anticipación. Los segundos se alargan hasta convertirse en una eternidad mientras él espera... y espera... con el aire cargado de una tensión tácita. Por fin, con un gruñido grave y primitivo, empieza a penetrarme, y cada movimiento me provoca oleadas de placer que recorren mi cuerpo en cascada, encendiendo el fuego que llevaba mucho tiempo dormido.

Su agarre se hace más fuerte en mi trasero, y la fuerza de su agarre deja una marca indeleble mientras me penetra con implacable determinación. Nuestro reflejo en el espejo revela la pasión cruda y desenfrenada grabada en sus rasgos, testimonio de la intensidad de nuestro deseo compartido. Un gruñido gutural resuena en su pecho, llenando la habitación con la sinfonía de nuestra mutua necesidad.

Mis propios dedos se abren paso entre mis muslos, buscando ese sensible manojo de nervios, provocando un estremecimiento de placer con cada tierna caricia. Mi otra mano se eleva para acariciar mi dolorido pezón, una sensación casi tan exquisita como si fuera el propio Nicholas pellizcando y haciendo rodar el tenso pico entre sus callosos dedos. Nuestros cuerpos se mueven

en perfecta armonía, cada embestida, cada roce, cada gemido, una sinfonía de deseo que amenaza con consumirnos a los dos.

Nunca ha dudado en darme exactamente lo que deseo. Tanto si se trata de una noche tierna y apasionada iluminada por el suave resplandor de las velas mientras hacemos el amor, como de un encuentro intenso y duro en el que me golpea el trasero hasta que lleva la marca de sus caricias, Nicholas posee una extraña habilidad para descifrar mi cuerpo como un cartógrafo experimentado. Con cada hábil caricia y cada embestida colocada con pericia, consigue que mi cuerpo se rinda, provocando un orgasmo que me deja sin aliento y completamente satisfecha.

La tensión entre nosotros se amplifica, mi cuerpo se asemeja a la cuerda de un arco tensada, lista para soltar su flecha. Las rítmicas embestidas de Nicholas vacilan, volviéndose erráticas mientras ambos corremos hacia el precipicio del placer. Estimulo furiosamente mi clítoris, la sensación aumenta mi excitación, mientras mi otra mano pellizca y retuerce mi pezón, enviando sacudidas de placer a través de mí.

Sus manos me aprisionan, sujetándome firmemente mientras su polla se hunde más con cada frenética embestida. Nuestros cuerpos se entrelazan, una maraña de miembros y jadeos, mientras perseguimos nuestra mutua liberación.

«¡Nicholas!» Grito su nombre, la sílaba arrancada de mi garganta justo cuando el orgasmo se abate sobre mí. Me abalanzo sobre él y le concedo pleno acceso a mi cuerpo mientras me someto a las oleadas de éxtasis. Él hace lo mismo unos segundos después, sus dedos se clavan en mis caderas y en mi trasero mientras se vacía y nuestros cuerpos se estremecen al unísono.

Aunque ésta no era mi intención inicial al llegar, me siento agradecida de que nuestro encuentro haya culminado en una liberación tan intensa y satisfactoria.

NICHOLAS

Preferiría morir antes que soltar a Isabel, pero la verdad es que los dos necesitamos tumbarnos. Sus piernas se tambalean bajo ella, tiemblan como si fueran a ceder en cualquier momento, y puedo sentir el peso del cansancio asentándose pesadamente sobre mi pecho, urgiéndome a recuperar el aliento.

Con un rápido movimiento, se quita el vestido, la tela cae como un susurro y deja al descubierto las suaves curvas de su cuerpo. Sigo su ejemplo, me quito la camisa y juntos nos dirigimos a la cama, ligeramente arrugada y acogedora, testimonio de lo que supongo que ha sido una tranquila siesta. Cuando se sube a la cama, no puedo evitar notar las perlas de mi amor por ella brillando y goteando por sus muslos, cada gota un recordatorio de la pasión que nos une. Un feroz sentimiento de posesividad se apodera de mí; lo siento en la médula de mis huesos. Ningún hombre la poseerá como yo. Ni nadie que la haya tenido antes que yo, ni nadie que la tenga después de mí. Si es que alguien la tendrá.

Nos quedamos tumbados, con los cuerpos entrelazados y tratando de recuperar el aliento, con un centímetro de espacio entre nosotros para refrescarnos de nuestro apasionado encuentro. Una fina capa de sudor se adhiere a nuestra piel, brillando como un delicado resplandor bajo la suave luz que se filtra a través de las cortinas. El aire está cargado de palabras no dichas y, aunque no parece el momento adecuado, me corroe una insistente curiosidad. No puedo evitar pensar en su presencia. «¿Por qué estás aquí, Isabel? pregunto finalmente, con la voz apenas por encima de un susurro, cargada de preocupación y anhelo.

«Ahora no es el momento», responde ella, girando sobre sí misma para mirarme a los ojos, que reflejan una mezcla de emociones. «Quizá más tarde». Hay una suavidad en su tono que insinúa secretos aún por revelar, una invitación a profundizar cuando el mundo se calme a nuestro alrededor.

«Contigo siempre es más tarde», le recuerdo, con una pizca de frustración en mis palabras. «Fue más tarde esta mañana cuando me dijiste que te abrirías, y esta noche me has distraído con tu hermoso cuerpo, atrayéndome con cada mirada seductora. Te quiero, y adoro tus curvas, la forma en que se sienten bajo las yemas de mis dedos, y aprecio el hecho de que hayas venido aquí por mí. Pero -hago una pausa, el corazón se me acelera mientras busco las palabras adecuadas-, no sé por qué has venido. Necesito que me digas por qué». El peso de mi curiosidad me oprime el pecho y ansío claridad.

Suspira, un sonido suave que refleja la agitación interior que puedo ver gestarse bajo su tranquila

apariencia. Sé que hay algo más en su historia que el atractivo de una escapada apasionada; es evidente en la forma en que vacila, en el parpadeo de duda que cruza sus ojos. Por supuesto, la conexión física es embriagadora -no se puede negar-, pero intuyo que hay corrientes más profundas en juego, algo profundo que ella se está guardando.

«No quiero que te enfades conmigo, Nicholas», dice por fin, con un ligero temblor en la voz, como si la confesión le pesara.

Inmediatamente, me tenso, mi mente se acelera con todas las cosas que ella podría decir y que podrían hacerme enojar. Hay una larga lista de posibles minas terrestres, más de una docena, cada una capaz de hacerme hervir la sangre. Casi todas implican a otro hombre, un pensamiento que me revuelve las tripas. «¿Qué tal si hago lo posible por no alterarme? Si pasa, pasa. Lo afrontaremos, lo hablaremos y lo superaremos juntos», sugiero, con la esperanza de aliviar el peso del momento.

Pero Isabel niega con la cabeza, con expresión resuelta. «Eso no basta. Necesito tu palabra de que no te enfadarás. O si lo estás, no sé, que me follarás con rabia hasta que se te pase». Sus palabras flotan en el aire, como un desafío y una súplica, impregnadas de una urgencia que me acelera el corazón.

La forma en que las pronuncia me arranca una sonrisa inesperada. A menos que me haya estado ocultando un marido y una familia todo este tiempo, estoy bastante seguro de que puedo superar cualquier revelación que esté a punto de llegarme. «De acuerdo», digo, decidiendo en el momento, “si me encuentro disgustado, te follaré con rabia hasta que vuelva a ser feliz”. La sola idea me provoca una oleada de calor, y ya noto que mi polla se pone rígida, ansiosa por ella. Han pasado diez largos años desde la última vez que compartí la cama con Isabel, y ni siquiera el frío cortante del aire exterior me disuadiría de desearla.

Isabel se aclara la garganta, su actitud cambia mientras se prepara para compartir su secreto. «Hace unos tres años, conocí a un chico», empieza, con una pizca de nostalgia en el tono. «Era muy simpático, ¿sabes? Tenía una cadena de cafeterías en su país. Me llamaba guapa».

«Espero que hayas roto con él», susurro, con una mezcla de incredulidad y urgencia. «Eres preciosa, Isabel. Madre mía. El hecho de que no pudiera verlo me deja absolutamente alucinada».

Una pequeña y casi tímida sonrisa aparece en sus labios, un destello de calidez en medio de la tensión. «Él y yo seguimos saliendo y, hace unos meses, empezamos a hablar de casarnos. No he conocido a muchos otros hombres desde que te fuiste, así que pensé, ¿por qué no? Parecía el siguiente paso lógico. Pero no podía casarme con él sin verte una última vez para despedirme, para cerrar bien ese capítulo». Su mirada baja un momento, como si reflexionara sobre el peso de su decisión, la gravedad de lo que significa dejar atrás el pasado.

Dios mío. Se me hace un nudo en la garganta y me invade una inquietante oleada de náuseas que amenaza con ahogarme por dentro. «Esto no ha sido sexo de despedida, ¿verdad?». Apenas puedo creer que las palabras salgan a borbotones, alimentadas por una mezcla de miedo e incredulidad.

«No», me tranquiliza rápidamente, con voz firme pero cargada de emoción. «Cuando te vi esta mañana, cuando me rodeaste con tus brazos, me di cuenta inmediatamente de que no podía haber

un adiós. No puedo despedirme del amor de mi vida». Sus ojos buscan los míos, como si buscaran una comprensión compartida. «Te vi, y todo lo que pasamos, todos los años que pasamos juntos, volvieron de golpe. Fue como si nunca nos hubiéramos separado, como si el tiempo se hubiera plegado sobre sí mismo, creando un momento en el que nada más importaba».

El nudo en la garganta empieza a desaparecer, liberando sus emociones. «¿Y qué pasó con el tipo?» pregunto, con curiosidad.

Isabel se encoge de hombros, una suave risita escapa de sus labios, aligerando el ambiente entre nosotros. «Le llamé y le dije que no podía seguir adelante con el futuro que habíamos hablado. Dijo que lo entendía, pero que si alguna vez cambiaba de opinión, él estaría allí esperándome, sin hacer preguntas. Pero no cambiaré de opinión. Te quiero, Nicholas». Su voz se vuelve más suave, más sincera, mientras sus ojos se clavan en los míos. «Verte marchar hace diez años fue como ver una parte de mi corazón subir a ese avión. Fue como si una parte vital de mí se hubiera desvanecido en el aire. Hoy es como volver a casa». Hace una pausa, mirando a su alrededor, como si los recuerdos de nuestro pasado común perduraran en el aire. «Y hace frío y huele a árboles por todas partes, un aroma que me recuerda tanto a la comodidad como a la nostalgia, y no me gusta especialmente, pero no quiero dejarte. Ni ahora ni nunca».

Me siento inexplicablemente atraído hacia ella, con el corazón latiéndome en el pecho. «Isabel, no quiero dejar salir la frustración que se ha ido acumulando en mi interior. Quiero disfrutar de este momento, abrazarte y demostrarte lo mucho que significas para mí». Vacilo en mi voz, como si tuviera miedo de admitir la profundidad de mis sentimientos, pero lo supero. «¿Te parece bien?

Isabel me mira, sus ojos brillan con una mezcla de emociones. «Sí, sería perfecto», susurra con voz apenas audible. Y en ese momento, sé que todo va a salir bien. El aire frío y el aroma de los árboles se desvanecen en el fondo mientras la cojo en mis brazos y tiro de ella. Por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy exactamente donde debo estar.

ISABEL

Me siento más expuesta ante él después de revelarle mis verdaderos sentimientos que cuando nos quitamos la ropa. Aunque Nicholas puede ver cada centímetro de mi cuerpo -y créeme, tengo muchos más centímetros que una mujer normal-, me besa con ternura en cada uno de ellos, y cada caricia enciende una chispa de calor en mi interior.

«Nunca quise dejarte, Isabel», murmura suavemente mientras me besa el pecho con una intimidad que me produce escalofríos. «Siempre quise estar contigo, pero necesitaba perseguir mis sueños, perseguir las ambiciones que me llamaban. Quería que tú también siguieras los tuyos, que abrazaras el futuro que te esperaba. Aun así, siempre mantuve la esperanza de que acabaríamos encontrándonos, de que los hilos de nuestras vidas volverían a entrelazarse».

A pesar de su poderoso físico, me trata con delicadeza y traza un camino a lo largo de mi cuerpo. Sus dedos rozan mi piel, dejando un rastro de hormigueante calor a su paso. En lugar del abrazo áspero e insistente de nuestro apasionado encuentro inicial, ahora me tienta con suaves caricias que me hacen anhelar su tacto.

Admira mis suaves muslos, susurrando su agradecimiento mientras los separa con suavidad. Sus labios siguen su ejemplo y besan mis amplias curvas. «Nuestra esencia combinada cubre tu piel», murmura, saboreando la evidencia de nuestro deseo compartido.

Me estiro hacia abajo y mis dedos se deslizan por los poderosos contornos de sus hombros, sintiendo su anchura y su fuerza bajo mi ansioso apretón. «Vas a tener que limpiarte esa barba», le digo burlona, con la risa bailando en mi voz mientras las cerdas me cosquillean los muslos, provocándome deliciosos escalofríos.

«¿Por qué?», responde él, con voz juguetona, mientras me planta suaves besos en el vientre y su cálido aliento enciende mis sentidos. Poco a poco vuelve a acercarse a mí, acercando el calor de su cuerpo. «Tanto mejor para provocarte, querida», murmura, con un brillo perverso en los ojos al deleitarse con mi respuesta.

Su excitación presiona mi pierna, resurgente e inflexible. «Me encajas de maravilla», murmuro en el pliegue de su cuello, aspirando su aroma mientras me invade una profunda sensación de satisfacción. No puedo evitar lamentar la década perdida en California, cuando podría haber estado aquí, en Colorado, disfrutando noche tras noche con este hombre robusto, irresistiblemente sólido, que habría complacido todos mis deseos.

«Permíteme sentirme perfecta dentro de ti», me susurra al oído, provocándome un escalofrío. Se

coloca en mi resbaladiza y acogedora entrada, dispuesto a perderse en nuestro éxtasis compartido.

Mi interior palpita con un insistente deseo de él, pero esta vez es diferente, un deseo que significa un cambio en nuestra conexión. Mientras me llena poco a poco, reconozco las profundas implicaciones de este momento. Le rodeo la cintura con las piernas y le atraigo aún más hacia nuestro gozo compartido. Nuestros ojos se encuentran y veo la verdad en sus profundidades: él me quiere, desea una vida entrelazada con la mía, y yo me encuentro deseando lo mismo.

Su virilidad se mueve dentro de mí, no a un ritmo brusco y frenético, sino con un ritmo tierno y deliberado, diseñado para llevarme al borde del éxtasis. Me acaricia íntimamente, incitando a mi cuerpo a responder, y yo me aferro a él: sus piernas se ciñen a su cintura, sus brazos le rodean el cuello y, finalmente, mi calor húmedo envuelve su longitud.

En lugar de pronunciar su nombre, susurro las palabras «te quiero» mientras mi liberación me inunda. Puede que este clímax no iguale el fervor de su predecesor, pero tiene una perfección distintiva, reflejo de su impecabilidad y de la naturaleza exquisita de nuestro momento compartido.

En cuanto a Nicholas, su orgasmo se desarrolla con una lánguida facilidad, propia de un hombre que confía en la constancia de su placer. No hay urgencia en su liberación, sólo la lujosa seguridad de que esos momentos permanecerán siempre presentes, perpetuamente entrelazados con nuestro vínculo, como mi amor por él.

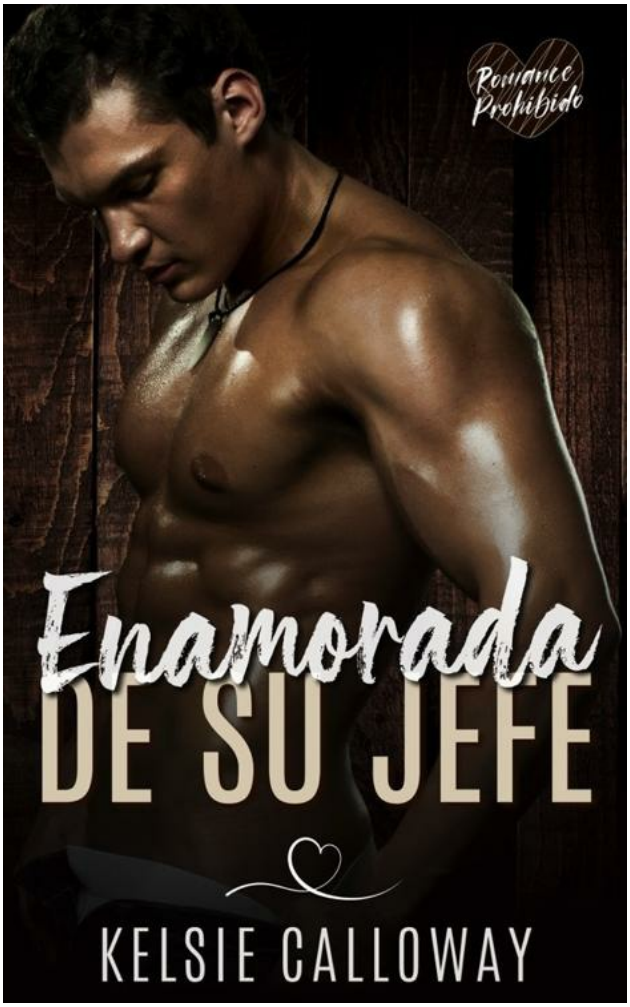
Me da un tierno beso en la sien en el sereno silencio que sigue a nuestro acto de amor, con el calor de su aliento rozándome la piel como un suave susurro. «¿Ves? No quiero irme nunca. Quiero que estemos así todos los días del resto de nuestras vidas», murmura, con una sinceridad en la voz que me produce escalofríos de alegría.

A mi lado, contemplo al hombre que una vez se alejó de mi vida hace una década, pero que ahora está ante mí transformado. Se ha convertido en un impresionante montañés, robusto y cautivador, con una confianza que me atrae. Instructor de esquí de profesión, no es un instructor cualquiera; es mi instructor, que me guía por las pistas y hacia las profundidades de mis deseos. Mañana se marchará para afrontar el día, dejándose llevar por el ritmo de su trabajo, pero en el aire perdura la promesa de que volverá a mí, con su energía rebosante del mismo fervor que nuestra pasión. Tal vez nos despertemos en la quietud de la noche, con sus manos recorriéndome, provocando un orgasmo febril que nos deje sin aliento, antes de volver a caer en el reconfortante abrazo del sueño, como si nada hubiera cambiado, como si el tiempo se hubiera detenido sólo para nosotros.

Colorado no se parece en nada a lo que una vez imaginé que sería mi vida. Nunca quise mudarme aquí, en gran parte porque me parecía que estaba muy lejos de mi zona de confort, un paisaje que me parecía extraño e intimidante. Sin embargo, he aprendido que, a veces, las mejores cosas de la vida están más allá de ese límite familiar. Un nuevo trabajo que te desafía y pone a prueba tus capacidades de un modo que nunca creíste posible. Un nuevo amigo que te anima a alcanzar las estrellas, a perseguir sueños que habías aparcado durante mucho tiempo. Un nuevo (o tal vez un viejo) hombre que despierta en ti la esencia tierna y estimulante de lo que es realmente el amor.

A veces, hay que dar ese paso valiente, dejar atrás lo cómodo y aventurarse en lo desconocido, abrazando la incertidumbre que conlleva.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

https://amazon.com/author/kelsiecalloway